

tamente añadir una cuarta mas terrible que las otras ; la region del fuego.

En el fondo del valle se ven, á tres ó cuatro mil piés de profundidad, dos volcanes apagados que abren sus bocas paralelas. Se diria que eran dos madrigueras de topo. Son dos montañas de mil quinientos piés cada una.

Fueron necesarias todas las instancias de nuestro guia para separarnos de aquel espectáculo. Nada podia hacernos recordar que teníamos que andar treinta millas para volver á Catania. Por otra parte, Catania estaba allí; á nuestros piés; no teníamos mas que extender la mano y casi la tocábamos. ¿Cómo creer en aquellas diez leguas de que nos hablaba nuestro guia?

Volvímos á subir en nuestras mulas y partimos. Cuatro horas despues estábamos de vuelta en casa de Mr. Sellemaro. Le habíamos dejado con un gran sentimiento de amistad; y le volvíamos á ver con un sentimiento de reconocimiento.

Y hé ahí, sin embargo, uno de esos hombres que los gobiernos olvidan, á quienes ni un recuerdo se les concede, ni un favor ó recompensa. Mr. Sellemaro no es ni aun corresponsal del Instituto. Es verdad que felizmente aquel bueno y querido Mr. Sellemaro no pasa por eso gran cuidado.

Estábamos de vuelta en Catania á las once de la noche, y á la mañana siguiente á las cinco de la madrugada nos dimos á la vela.

SIRACUSA.

Nuestra vuelta causó gran alegría á toda la tripulación. Si se exceptúa la cox que habia yo recibido de mi mula, lo que, á decir verdad, me causaba un dolor bastante vivo, el viaje habia terminado sin accidente. Todos los marineros nos besaron las manos como si, á la manera que Eneas, volviésemos de los infiernos. En cuanto á Milord, que desde la aventura del gato del óptico estaba, en lo posible, sujeto á bordo bajo la vigilancia de sus dos amigos Giovanni y Pietro, estaba en el colmo de la dicha.

El tiempo era magnífico. Desde la tempestad, no habíamos visto una nube en el cielo; el viento era de la Calabria, y nos empujaba como con la mano. La costa que bordeábamos estaba llena de recuerdos. A una legua de Catania algunas piedras esparcidas indicaban el sitio en que estaba situada la antigua Hibla; despues de Hibla está el Simete, que ha cambiado su antiguo nombre clásico por el de Giaretta. En otro tiempo, al decir de los antiguos, el Simete era navegable; hoy no admite la mas pequeña lancha. En cambio sus aguas,

que reciben los aceites sulfurosos, los desprendimientos de la nafta y del petróleo del Etna, tienen la facultad de condensar ese betun líquido, y enriquecer de este modo su embocadura con ese ámbar amarillo que recogen los aldeanos y se trabaja en Catania.

Se encuentra en seguida el lago de Pergus, sobre el cual, según Ovidio, no se ven deslizarse menos cisnes que sobre el de Caistro; lago tranquilo, trasparente y reducido, que está velado por un pabellon de bosques, y que refleja en sus ondas las flores de su eterna primavera. Por aquellas orillas era por donde corría Proserpina con sus compañeras, llenando su seno y su canastillo de lirios, claveles y violetas, cuando fué encontrada, amada y arrebatada por Pluton, y donde la casta é inocente jóven, desgarrando su túnica en el exceso de su dolor, derramó lágrimas en tanta abundancia por sus flores perdidas como por su virginidad amenazada.

Después del lago están los campos de los lestrigones; Lentini, que ha sucedido á la antigua Leontina, cuyos habitantes conservaban la piel del leon de Nemea, que Hércules les dió por armas cuando fundó su ciudad; Augusta, edificada sobre las ruinas de la antigua Megara, Augusta, de sangrienta é infame memoria, que pasó á cuchillo en su puerto trescientos soldados ciegos que volvian de Egipto en 1799. Y por último, después de Megara se encuentra Tapsa, que está reclinada orilla de las olas.

Pantagice Megarosque sinus, Thapsumque jacentem.

Siguiendo nuestro viaje, observamos el cambio de

aspecto de la costa. En lugar de esos campos fértiles y muellemente inclinados que aproximándose al mar se cubren de los cañaverales de donde Polifemo se surtía de flautas, y que abrigan los amores de Acis y Galatea, se veian trechos de costa erizados de peñas, de donde volaban millares de palomas. A eso de las cuatro de la tarde, un escollo que en su cima tenia una cruz, nos recordó el naufragio de algunos buques. Por fin vimos aparecer un lienzo de las murallas de Siracusa, y entramos en su puerto al ruido que hacian ejercitándose, una escuela de tambores. Era el primer desencanto que nos preparaba la hija de Archias el Corintio.

Salida de la isla de Ortigia para edificar sobre el continente Acradina, Tiche, Neápolis y Olímpicum, Siracusa, después de haber visto arruinarse una después de otra sus cuatro hijas, ha vuelto á entrar en su cuna primitiva. Hoy es una ciudad de una media legua de circunferencia, que tiene ciento diez y seis mil almas, y que está rodeada de murallas, de bastiones y de cortinas edificadas por Carlos V.

En tiempo de Estrabon tenia ciento veinte mil habitantes, tantos como contiene la ciudad moderna, y ciento ochenta estadios de circunferencia. Luego como su poblacion se aumentaba de dia en dia, y sus murallas y sus cinco ciudades no podian contenerla, fundaba á Acre, Casmena, Camerina y Etna.

En tiempo de Ciceron, y por mas decaida que la hallase de su antigua prosperidad, hé aqui lo que era aun Siracusa.

«Siracusa, dice Ciceron, está edificada en una situación á la vez fuerte y bonita. Se llega á ella fácilmente por todos lados, sea por tierra, sea por mar: sus puertos, encerrados, por decirlo así, en el recinto de sus murallas, tienen muchas entradas; pero están próximas las unas á las otras. La parte separada por esta unión forma una isla; esta isla está encerrada en aquella ciudad tan vasta, que se puede decir realmente que encierra un todo compuesto de cuatro grandes ciudades. En la isla está el palacio de Acon, donde se alojan los pretores; allí también se elevan, entre otros templos, los de Diana y de Minerva: estos son los más notables. A la extremidad de esta isla hay una fuente de agua dulce, llamada Aretusa, de un grandor sorprendente, rica de peces, y que sería invadida por las aguas del mar, sin un dique que lo impidiera. La segunda ciudad es Acradina, donde se encuentra una gran plaza pública, bellos pórticos, un pritaneo muy rico de adornos, un edificio muy grande que sirve de lugar de reunión para tratar de los negocios públicos y un magnífico templo consagrado á Júpiter Olímpico. La tercera es Tiche. Ha recibido este nombre de su templo de la Fortuna que existía allí en otro tiempo; contiene un lugar muy vasto para los ejercicios del cuerpo, y muchos templos. Este barrio de Siracusa está muy poblado. En fin, la cuarta ciudad se llamó Neápolis. En lo alto de esta ciudad hay un gran teatro; además, posee dos bellos templos, el templo de Ceres y el templo de Proserpina; hay allí de notable además una estatua de Apolo que es colosal y muy bella.»

Hé ahí la Siracusa de Ciceron tal como la habían creado las guerras de Atenas, de Cartago y de Roma, tal como la habían dejado las depredaciones de Verres. Pero la antigua Siracusa, la Siracusa de Hieron y de Dionisio, la verdadera Pentápolis en fin, era mucho más bella, mucho más rica, mucho más espléndida. Tenía ocho leguas de circunferencia, un millón doscientos mil habitantes, cuya excesiva riqueza había llegado á ser proverbial, hasta el punto de que se decía al hombre que se vanagloriaba de su fortuna: todo eso no vale la décima parte de lo que posee un siracusano. Tenía un ejército de cien mil hombres y diez mil caballos distribuido detrás de sus murallas: poseía quinientos buques que surcaban el Mediterráneo, desde el estrecho de Cádiz hasta Tiro, y desde Cartago á Marsella. Tenía, en fin, tres puertos abiertos á todos los navíos del mundo: Trogile, que dominaba las murallas de Acradina, y que costeaba la antigua vía que conducía de Ortigia á Catania; el gran puerto, el *Sicanium sinus* de Virgilio que contenía ciento veinte buques; el pequeño puerto, *portus marmoreus*, que Hieron había hecho rodear de palacios y Dionisio enlosar de mármol; y por último, para que Siracusa no debiese envidiar nada á las otras ciudades, tuvo por rival á Atenas, á Cartago por aliada, á Roma por enemiga, á Arquimedes por defensor, á Dionisio por tirano, y á Timoleon por libertador.

A las seis saltamos á tierra en Ortigia. Se nos hizo pasar por una porción de formalidades en la puerta, lo cual nos hizo perder una media hora, de modo que una vez dentro de Siracusa, no tuvimos más tiempo que

para buscar una fonda en donde comer y acosarnos, dejando nuestras visitas para el día siguiente por la mañana.

Tenia yo una carta para un jóven, de quien un amigo de sociedad, que me le recomendó, me habia prometido maravillas. Era el conde de Gargallo, hijo del marqués de Gargallo, á quien debe Nápoles la mejor traduccion de Horacio que existe en Italia. Segun se me habia dicho, era el conde espiritual como un francés moderno y hospitalario como un antiguo siracusano. El elogio me habia parecido exagerado mientras no veia al conde; me pareció descolorido cuando le conocí.

A las ocho de la mañana, me presenté en casa del conde de Gargallo. Estaba todavía en la cama. Le entregaron mi carta y mi tarjetá. Saltó del lecho, corrió á mí y me tendió la mano con tal cordialidad, que desde aquel momento conocí que éramos amigos para siempre.

El conde de Gargallo no habia hasta entonces ido á París, y sin embargo, hablaba francés como si hubiese sido educado en Turena, y conocia nuestra literatura como hombre que ha hecho un estudio de ella particular. A las primeras palabras que pronunció, al primer gesto que hizo, me recordó mucho por su acento, su imaginacion y sus modales á mi bueno y querido amigo Mery, á quien jamás él habia visto, y á quien no conocia sino de nombre; no podia, como se ve, tener mala eleccion.

El conde puso á nuestra disposicion su casa, su carruaje y su persona; le agradecimos la primera oferta,

y aceptamos las otras dos. Convenimos que para llevar orden en nuestras investigaciones, empezáramos por Ortigia, que como hemos dicho, al presente es Siracusa, y que luego visitaríamos sucesivamente Neápolis, Acra-dina, Tiche y Olimpicum.

Mientras nosotros establecíamos nuestro plan de campaña, disponian la mesa, y mientras almorzábamos se enganchaban los caballos al carruaje. Era, como se ve, el primer grado de la mas inteligente hospitalidad: por lo demás, el conde hubiera podido en rigor, ofrecer á los extranjeros los sesenta lechos de Agatocles, porque poseia cinco casas en Siracusa.

Nuestra primera visita fué al Museo; es de creacion moderna y data de veinte y cinco á veinte y seis años; pero Nápoles tiene la costumbre de llevarse de Sicilia lo mejor que encuentra allí. No queda en el Museo de Siracusa mas de notable que una bella estatua de Esculapio y aquella famosa Venus Calipige de que habla Ateneo. La estatua de la diosa me pareció digna de la reputacion europea de que goza.

Del Museo fuimos al sitio del antiguo templo de Diana: es el mas antiguo monumento de Siracusa. Esta villa debia elevar un templo á Diana, porque Ortigia pertenecia á esta diosa. La habia obtenido de Júpiter, en la division que habia hecho de la Sicilia entre ella, Minerva y Proserpina, y la habia dado ese nombre en memoria del bosque de Ortigia en Delos, donde habia nacido; así que se celebraba en Siracusa una fiesta en su honor. Durante una de estas fiestas, fué cuando los Romanos, contenidos durante tres años por el genio de

Arquimedes, se apoderaron de la ciudad. Dos columnas de orden dórico, encajadas en una pared de medianería de la calle de Sochetto, es todo lo que queda de aquel templo.

El templo de Minerva, convertido en catedral en el siglo XII, está mejor conservado que el de su hermana consanguínea, y sin duda debe esta conservación á la trasformacion que ha sufrido; las columnas que de él quedan en pié, son de orden dórico, acanaladas y voladas al exterior del lienzo que las une, y muy inclinadas de un lado desde el temblor de tierra de 1542.

Habia reservado mi visita á la fuente Aretusa para la última. La fuente Aretusa es para el poeta, una antigua amiga de colegio: Virgilio la invoca en su décima y última égloga, dedicada á su amigo Gallus, y Ovidio refiere de ella cosas que hacen el mas grande honor á la moralidad de esta ninfa. Es verdad que pone la relacion en boca de la ninfa misma, que como todos los escritores de memorias, hubiera podido muy bien no retratarse sino en busto. Sea de esto lo que quiera, hé aquí lo que el rumor público decia de ella.

Aretusa era una de las mas bellas y de las mas agrestes ninfas de la comitiva de Diana. Cazadora como la hija de Latona, pasaba los dias en los bosques persiguiendo á los corzos y á los gamos, avergonzándose casi de aquella belleza que hacia la gloria de las demás mujeres. Un dia que acababa de perseguir á un ciervo, y salia toda desmelenada y anhelante del bosque de Stinfale, vió delante de sí un agua tan pura,

tan tranquila y tan dulcemente corriente, que aunque el rio tenia muchos piés de profundidad, se veian las arenillas del fondo como si estuvieran al descubierto. La ninfa sentia calor, comenzó por sumergir sus lindos piés desnudos en el rio, despues se introdujo hasta las rodillas; por último, animada por la soledad, desató la presilla de su túnica, colocó el casto traje sobre un sauce y se metió del todo en el agua. Pero apenas estuvo en ella, le pareció que el agua se estremecia de amor y la acariciaba como si hubiese tenido alma. Al pronto Aretusa, segura de estar sola, fijó poco en esto su atencion; mas bien pronto, sin embargo, la pareció oír algun ruido; corrió hácia la ribera; pero desgraciadamente estaba tan turbada, que en lugar de alcanzar la orilla donde estaba su túnica, la pobre ninfa se engañó y llegó á la opuesta. Apenas acababa de llegar, cuando un bello jóven levantó la cabeza de en medio de la corriente, sacudió sus mojados cabellos, y mirándola con amor, la dijo: — ¿Dónde vas, Aretusa? Bella Aretusa, ¿dónde vas?

Otra acaso se hubiese detenido al ver aquella dulce mirada y al oír aquella dulce voz; pero, lo hemos dicho ya, Aretusa era una vírgen salvaje que, como no acompañaba á Diana mas que por el dia, jamás habia visto á la fementida homicida de Acteon humanizarse de noche para el bello pastor de la Caria. Así, en lugar de detenerse, huyó desnuda y escurriendo el agua de que estaba empapada. Por su parte Alfeo dió un salto desde el medio de la corriente á su ribera, y se puso á perseguirla desnudo y mojado como ella; atravesaron así,

y sin que la alcanzase, Orchomene, Gsophis, el monte Cyllene, el Menalo, el Erymantho y los campos vecinos de Elis, pasando por tierras y bosques, salvando rocas y montañas, sin que el dios pudiese adelantar un paso á la ninfa. Mas por último, cuando vino la noche, la bella fugitiva sintió que empezaba á debilitarse; bien pronto oyó los pasos del dios que iban á los alcances de los suyos; luego, á los últimos rayos del sol vió la sombra que tocaba á la suya, y sintió un hálito ardiente abrasar sus espaldas. Comprendió entonces que iba á ser cogida, y que fatigada por aquella larga carrera no tendría fuerzas para defenderse.

— A mí, exclamó, á mí. ¡ Oh divina cazadora! Acuérdate que frecuentemente me has juzgado digna de llevar tu arco y tu flecha! Diana, diosa de la castidad, ten piedad de mí!

Y dichas estas palabras, la ninfa se vió rodeada de una nube; Alfeo, aunque próximo á alcanzarla, la perdió al instante de vista. En lugar de alejarse desanimado, permaneció obstinadamente en el mismo sitio. Pero cuando la nube desapareció, en el sitio en que estaba la ninfa no había mas que un arroyo: Aretusa había sido convertida en fuente.

Entonces Alfeo volvió al rio, cambió el curso de sus aguas para mezclarlas á las de la bella Aretusa; pero Diana, protegiéndola hasta lo último, la abrió un conducto subterráneo. Aretusa tomó al instante su curso por debajo del Mediterráneo, y volvió á salir en Ortigia. Alfeo, por su parte, se sumió cerca de la Olimpia, y tenaz siempre en perseguir á su amada, reapareció á

doscientos pasos de ella en el gran puerto de Siracusa.

Aretusa sostuvo siempre que no había encontrado á Alfeo en su viaje submarino; pero por mas que juró la pobre ninfa, semejante vecindad no dejaba de ser bastante para comprometerla. Desde entonces, siempre que se hablaba de la castidad de Aretusa delante de Neptuno y Amfitrite, los dos augustos esposos sonreían de modo que hacia creer sabían mas que lo que querían decir sobre el paso del rio y de la fuente á través de su líquido reino.

Sin embargo, por mas problemática que fuese la virginidad de la ninfa, no por eso reclamamos menos el honor de serla presentados. Se nos condujo delante de un lavadero inmundo, donde como unas treinta lavanderas, con las mangas recogidas hasta el sobaco, y las faldas levantadas hasta las rodillas, retoreían las camisas de los siracusanos.

Se nos dijo: saludad, hé aquí la fuente por que preguntábais. Teníamos delante á la bella Aretusa. No merecía la pena de andar con tantos miramientos para llegar hasta allí.

Tuvimos, sin embargo, curiosidad de probar aquella agua milagrosa; cogimos un vaso, y le introdujimos en el mismo sitio en que salía de la roca: á la vista es de una transparencia perfecta, pero un poco salobre al paladar. Es una prueba mas contra la pobre ninfa, y que conduciría á pensar que no fué indiferente, como dice Ausonio, á los puros besos de su amante; *incorruptarum miscentes oscula aquarum.*

Ved á dónde conduce la incredulidad; si se cree á las apariencias, Aretusa no solo no sería virgen, sino que aun sería adúltera.

A algunos pasos de la fuente, y sobre la punta meridional de la isla, se eleva el palacio de Verres; sus ruinas sirvieron para edificar un fuerte normando en el siglo XI; este fuerte ocupa el sitio en que estaba la roca de Dionisio, colocada por Timoleon.

En frente y en el otro lado de la entrada del gran puerto, se eleva el Plemmyrima, cuyos últimos vestigios han desaparecido; era este una fortaleza edificada por Arquímedes: cuatro animales de bronce, un toro, un león, una cabra y un águila, adornaban sus cuatro ángulos, vueltos cada uno hácia los cuatro puntos cardinales. Cuando hacia viento, se introducía por la boca ó el pico del animal que estaba vuelto de aquel lado, y le hacia arrojar el sonido que le era propio. Esta era, sobre todo, según se asegura, la obra maestra *ecólica* que daba á Roma tanta envidia de Siracusa.

Volvímos á atravesar toda la ciudad para visitar á Neápolis; pero á la puerta nos fué preciso dejar nuestro carruaje, porque la vía antigua, que conserva la huella de los carros de su tiempo, era no poco incómoda para los carruajes modernos.

Costeamos el puerto de mármal, teniendo á nuestra derecha el mar y á nuestra izquierda algunas casuchas. En este puerto, la mas preciosa joya de Siracusa, era donde se estacionaba la flota de la república. Xenabras construyó allí la primera galera de seis filas de remos, y Arquímedes hizo confeccionar el magnífico buque que

Hieron II envió á Ptolomeo, rey de Egipto, el cual, si se ha de creer á Ateneo, tenía veinte filas de remeros, y encerraba baños, una biblioteca, un templo, jardines, una piscina y un salón de convites.

El camino que seguíamos conduce derecho al convento de los Capuchinos. Después de una media hora de marcha llegamos á la casa de los buenos padres: fuimos introducidos por dos frailes de la comunidad que se nos habían reunido en el camino y con los que habíamos ido en conversacion. El convento estaba conservado con admirable cuidado, que contrastaba con el espantoso abandono cuyo espectáculo nos perseguía desde nuestra entrada en Sicilia. Esto afirmó á Jadin en un designio que tenía hacia largo tiempo; y era entrar pensionista en un convento durante unos ocho dias para trabajar allí con toda comodidad examinando muy de cerca la vida del claustro. Hizo entonces preguntar á los buenos padres por medio de Mr. de Gargallo si querrian recibirle como huésped durante una semana. Los capuchinos respondieron que tendrían en ello gran placer, y fijaron el precio de la pensión en diez reales diarios por habitacion y alimento. Estaba Jadin entretenido en tratar de semejantes condiciones, é iba á concluir el negocio con el hermano tesorero, cuando Mr. de Gargallo le dijo por lo bajo que aguardase antes de cerrar trato ninguno la hora de comer. Jadin preguntó entonces si aquella comida no sería suficientemente abundante para sostener un estómago mundano. Mr. de Gargallo le respondió que por el contrario, los capuchinos pasaban por tener comidas espléndidas, y

sobre todo muy variadas, pero que era en la preparacion de esas comidas en donde acaso existiria el obstáculo. Jadin pensó estremeciéndose que para mantener mas fácilmente su voto de castidad, la comunidad mezclaria acaso á los jugos de las viandas el jugo de la ninfea ó de cualquiera otra planta refrigerante. Dió gracias á Mr. de Gargallo, y se separó del tesorero sin cerrar trato alguno, y no habiendo avanzado sino lo bastante para poder hacer una honrosa retirada.

En el momento en que nos presentamos en la puerta, la encontramos llena de mendigos. Era la hora en que los capuchinos acostumbran todos los días á distribuir la sopa, y un centenar de hombres, de mujeres y de niños aguardaban aquel momento con la boca abierta y el ojo avizor, como una jauría esperando los desperdicios.

Todavía no he hablado del mendigo siciliano, no habiéndoseme presentado la ocasion de ello; y sin embargo, no se puede pasar en silencio una clase que forma en Sicilia la décima parte, sobre poco mas ó menos, de la poblacion. Quien no ha visto al mendigo siciliano, no conoce la miseria. El mendigo francés es un príncipe, el mendigo romano un gran señor y el mendigo napolitano un vecino acomodado en comparacion del mendigo siciliano. El pobre de Callot con sus mil harapos, el *fellah* egipcio con su pobre camisa, parecerian propietarios en Palermo ó en Siracusa. En Siracusa y en Palermo está la miseria en toda su hédiondez, con sus miembros descarnados y raquíticos y sus ojos hundidos y febriles. Es el hambre con sus verdaderos gritos de dolor, con su estertor de eterna agonía; el hambre, que

triplica los años sobre la frente de las doncellas; el hambre, que hace que á la edad en que toda mujer es bella ó jóven, al menos, en todos los países, la doncella siciliana parece caer de decrepitud; el hambre, que mas cruei, mas implacable, mas mortal que una vida desordenada, marchita del mismo modo que ella, sin ofrecer siquiera la grosera compensacion sensual de la destruccion de su rival.

Todas aquellas gentes que estaban allí no habian comido desde la vispera. A la misma hora habian ido á recibir su cazo de sopa como venian hoy, como volverán mañana. Aquel cazo de sopa era todo su alimento durante veinte y cuatro horas, á menos que algunos de ellos no hubiesen obtenido algun *grani* de la compasion de sus compatriotas ó de la piedad de los extranjeros. Pero esto es muy raro: los siracusanos están familiarizados con la miseria, y los extranjeros rara vez se ven en Siracusa. Cuando apareció el distribuidor de la bienaventurada sopa, se oyeron murmullos particulares y todos se precipitaron hácia él con su hortera en la mano. Los habia allí que eran demasiado débiles para gritar y para correr y que se arrastraban lamentándose sobre sus manos y rodillas.

Habia quedado en el potaje la carne que habia servido para componerlo, y que el cocinero habia cortado en pedacitos á fin de que pudiera disfrutar de ella el mayor número. Aquel á quien la dicha le daba preferencia, gritaba de alegría y se retiraba á un rincón, dispuesto á defender su presa si alguno, peor tratado que él por el acaso, quisiera arrebatársela.

Habia allí en medio de todos un niño vestido, no con una camisa, sino con una especie de tela de araña que tenía mil agujeros, para quien no había habido cazo y que lloraba de hambre. Extendió sus dos pobres manitas descarnadas, uniéndolas para reemplazar tanto como pudiera por el recipiente natural el cacharro que le faltaba. El cocinero le echó un cucharón de potaje. Estaba cocinando y quemó las manos del niño; arrojó un grito de dolor y abrió sus dedos á su pesar; el pan y el caldo cayeron por tierra sobre una baldosa. El niño se arrojó á gatas y se puso á comer como los perros.

— Y si estos buenos padres suspendiesen esta distribución, dije á Mr. de Gargallo, ¿qué vendría á ser de estos desgraciados?

— Morirían, me respondió.

Dejamos á uno de los hermanos dos duros para que los convirtiese en *grani* y los distribuyese á aquellos desgraciados, y en seguida salimos de allí.

El jardín de los Capuchinos se extiende sobre el sitio donde se verificaban los antiguos combates y carreras. Para presenciar estas carreras y aquellos combates, que se verificaban cerca del anfiteatro, salía toda la antigua Siracusa con sus murallas, sus templos y sus palacios.

Bajamos por una especie de rampa hasta una profundidad de cincuenta piés, poco mas ó menos; pasamos bajo un vasto puente, y despues nos hallamos á la vista de un sepulcro moderno; es de un jóven americano llamado Nicholson, que tenía diez y ocho años de edad y fué muerto en duelo en Siracusa; como hereje y á causa tambien de su género de muerte, las puertas de

todas las iglesias se cerraron para él. No menos hospitalarios para los muertos que para los vivos, los buenos capuchinos recogieron el cadáver, le trasladaron y le dieron sepultura en sus jardines.

Estos jardines, como los de los Benedictinos de Catania, son una maravilla de arte y de paciencia. En Catania ha sido preciso cubrir la lava, aquí la roca. El inconveniente era el mismo, pero se salvó con tal constancia, que hoy se denomina *il Paradiso* aquel laberinto de piedras donde en otro tiempo no nacia ni una miserable yerba, y que ahora está cubierto de naranjos, limoneros y nogales. Esas murallas gigantescas se han convertido en espalderas, y en los mas pequeños intersticios los aloes esparcen sus robustas hojas, del medio de las que brotan sus seculares flores.

En esas prisiones destinadas á las lizas, fueron encerrados los Atenienses prisioneros despues de la derrota de Nicias. Los once présidios de Siracusa estaban de tal modo llenos, que se desarrolló una enfermedad epidémica entre aquellos desgraciados, y los siracusanos, temiendo que se propagara á la poblacion, volvieron á enviar á Atenas á todos los que pudieron decir de memoria doce versos de Eurípides. A aquellas prisiones es donde tambien fué enviado el famoso filósofo que por toda alabanza de los versos que le leía Dionisio, dió esta contestacion que llegó á ser proverbial: *que se me vuelva á llevar á las canteras*. En aquel país donde no se pierde ninguna tradicion aunque tenga tres mil años de fecha, se denomina á aquella prision *la prision de Philoxenes*. En medio de aquellas canteras cuyo único

techo es el cielo, se elevan especies de columnas aisladas, bastas, gastadas, caprichosamente inclinadas, sobre las que se apoyan ruinas. En lo alto de aquellas columnas, segun se dice, cuyo capitel llega al nivel del llano, se colocaban centinelas, presos tambien, encargados de vigilar sobre los demás prisioneros, y á los que se entregaba su alimento con la ayuda de una cesta atada al extremo de una cuerda.

Recorrimos en todos sentidos aquel extraño laberinto con sus antiguos acueductos, que le surten todavia de agua como en los tiempos de Hieron y Dionisio; con sus cascadas de verdura que parecen precipitarse de lo alto de las murallas y de los que la menor ráfaga de viento hace ondular sus ricos festones; con sus antiguas inscripciones ilegibles en las que los viajeros quieren reconocer un homenaje á Euripides Salvador: despues entramos en la pequeña iglesia de San Juan por un pórtico cubierto formado de tres arcos góticos. Una inscripcion grabada en una capilla subterránea reclama para aquel pequeño templo el honor de ser la mas antigua iglesia católica de la Sicilia. Héla aquí:

Crux superior recens,
Ceteræ vero antiquiores sunt,
Et antiquissima consecrationis
Signa referunt templi hujus,
Quo non habet tota Sicilia aliud
Antiquius.

Cerca de esta iglesia están las catacumbas conservadas de muy distinta manera que las de París, Roma y Nápoles. Su fundacion se atribuye al tirano Hieron II;

pero ninguna prueba hay en apoyo de este aserto. Segun toda probabilidad datan de diferentes épocas, y fueron excavadas á consecuencia de que un número mayor de cadáveres reclamaron un número mayor de sepulcros. Algunas tumbas contienen todavia esqueletos: en alguna, segun se asegura, no se han hallado urnas ni vasos, sino únicamente algunas veces lámparas.

Tambien allí habia distincion entre los ricos y los pobres: los ricos tenian magníficos panteones á la manera de los Romanos; los pobres tenian no ya una fosa comun, sino una roca comun; sus sepulturas, simplemente excavadas en la roca, están sobrepuestas las unas á las otras é indican por sus dimensiones si son hombres, mujeres ó niños los que encerraban.

Aquella ciudad subterránea estaba edificada, por lo demás, como ciudades bulliciosas é iluminada por el sol: tenia sus calles y sus encrucijadas; el dia penetraba en ella por aberturas redondas como la del Panteon, y en medio de las que se veia el cielo á través de un enrejado de hiedra y de malezas. Cerca de estas catacumbas y en un baño antiguo es donde fueron descubiertas, hace unos veinte años, las estatuas de Esculapio y de la Venus Calipige que constituyen el principal ornamento del museo de Siracusa.

Al volver á entrar en el convento nos encontramos el hermano cuestor; volvia llevando una alforja completamente surtida. Mr. de Gargallo nos hizo señal de seguirle hasta la cocina; entonces pedimos permiso como con indiferencia para ver aquella parte impor-